



México, D. F., a 4 de febrero de 2014

**Versión estenográfica del mensaje del Dr. Jaime Zabłudovsky Kuper, presidente del Consejo Mexicano de Asuntos Internacionales, con motivo de la inauguración del Foro "TLCAN a veinte años de su entrada en vigor"**

Dr. Jaime Zabłudovsky Kuper.- Buenos días, Señor Secretario de Relaciones Exteriores de México, doctor José Antonio Meade, Compañeros del Consejo Mexicano de asuntos Internacionales, Señoras y Señores.

A nombre del Consejo Mexicano de Asuntos Internacionales (COMEXI) me da mucho gusto darles la bienvenida a este evento tan especial, con motivo del vigésimo aniversario de la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio de América del Norte.

Quisiera empezar agradeciendo a nuestros patrocinadores que lo han hecho posible. En primer lugar, al Grupo Financiero Banorte. También a Grupo Alfa, San Luis Rassini, Tenaris, Femsa, Grupo Bimbo, Xignus, Jumex, Accenture, y Casa Cuervo. Reconozco, por supuesto, a todo el equipo de Comexi, encabezado por nuestra directora general Claudia Calvin y a Raúl Ferráez y Líderes mexicanos que se sumaron con gran entusiasmo y dedicación a esta iniciativa.

También agradezco la presencia de Jaime Serra, Carla Hills, Herminio Blanco, Rufus Yerxa y John Weekes, que encabezaron como ministros y como jefes de negociación el proceso del TLC. Le deseamos un pronto restablecimiento a Michael Wilson, a quien una delicada fractura le impidió estar con nosotros.

Saludo con respeto y cariño a don Fernando Solana, canciller de México durante la negociación de Tratado de Libre Comercio y ex presidente de Comexi.

Reconozco entre el público a una muy buena parte del equipo de negociación mexicano. Estoy seguro que aprovecharán la jornada para reverdecer laureles, compartir anécdotas, y renegociar y renovar amistades.

Finalmente, quisiera recordar a tres participantes que ya no están con nosotros, pero que fueron piezas fundamentales en todo el proceso: el embajador Julius Katz, jefe de la negociación por parte de EE.UU., Robert Mosbacher, secretario de comercio de EE.UU. y Raúl Ramos, quien encabezó la negociación de México en aranceles y reglas de origen. Los recordamos con mucho respeto y cariño.

Comexi ha organizado esta conferencia para revisar, analizar y discutir lo que ha sucedido en los veinte años que han pasado desde la entrada en vigor del TLC, una de las iniciativas de política exterior y política económica más ambiciosas e influyentes que ha adoptado nuestro país.

Hoy tendremos oportunidad de conocer la visión de los principales actores que hicieron posible éste tratado; oiremos a los empresarios que han vivido y aprovechado la integración norteamericana y a los intelectuales que han escrito, criticando y ponderando, el acuerdo. También, tendremos oportunidad de escuchar a los secretarios de relaciones exteriores y de economía de México sobre el estado actual de las relaciones con EE.UU y Canadá y el futuro del proceso de integración norteamericana.

Esta reflexión será particularmente oportuna, pues, como ustedes saben, el 18 y 19 de febrero se llevará a cabo la cumbre de líderes Norteamericanos en Toluca, con el presidente Peña Nieto, el presidente Obama y el primer ministro Harper.

El TLC cambió a México y cambió al mundo, y sus implicaciones han sido profundas y definitivas. La decisión del gobierno mexicano de aceptar la propuesta del presidente de EE.UU., George Bush, de negociar este tratado fue una respuesta oportuna y audaz al dramático cambio que el colapso de la Unión Soviética significó en el entorno internacional. En enero de 1990 el presidente Salinas viajó a Europa y se percató de que el mundo había cambiado y que, de no actuar decididamente, México corría el riesgo de quedarse al margen de estas transformaciones.

Y si bien la caída del muro de Berlín no fue el fin de la historia que adelantó Fukuyama, si fue el principio de modificaciones muy importantes en los procesos de integración económica mundial, en los cuales el TLC ha sido un actor fundamental.

Entre 1990 y 2014 la Unión Europea pasó de 12 a 28 miembros y la bicicleta del libre comercio, echada a andar, por el TLC no ha parado; nada más en América Latina hay más de una veintena de tratados de libre comercio que han seguido su ejemplo.

Es cierto que algunos empresarios, agrupados en el comité bilateral de hombres de negocios México y EE.UU, habían pugnando desde principios de los ochenta por un TLC; saludo a Enrique Madero Bracho quien fue parte distinguida de este grupo y que hoy nos acompaña, pero no fue sino hasta 1990 que esta idea se volvió realidad.

El TLC significó un viraje profundo en la política exterior de México. “Pobre México tan lejos de Dios y tan cerca de Estados Unidos”, era más que una ocurrencia, era una visión de estado. Y el TLC significó dejar atrás esta visión; significó dejar de ver a la vecindad con EE.UU. como una calamidad histórica y una fatalidad geográfica, a las que había que resistir y combatir, para, en su lugar, transformar la cercanía al mercado más grande del mundo en una oportunidad y a la integración económica en una ventaja comparativa.

Pero la negociación del tratado implicó no solo un cambio de visión, también exigió un inmenso esfuerzo técnico y político para el estado y la sociedad mexicanos, y hacer, por primera vez, cosas que no se habían hecho antes.

Un país que durante décadas había optado por la sustitución de importaciones y por mantenerse al margen de las negociaciones comerciales del GATT, se vio, de la noche a la mañana, en la imperiosa e impostergable necesidad de formar y reclutar a un equipo negociador encargado de la negociación comercial más ambiciosa realizada hasta ese momento.

En el sector privado el reto fue similar. La negociación trilateral requirió que los empresarios mexicanos dedicaran recursos humanos, técnicos y financieros para acompañar el proceso y asesorar al equipo oficial a través del hoy mundialmente famoso “cuarto de junto”. Hoy nos

acompañan muchos distinguidos empresarios, quienes encabezados por Juan Gallardo, participaron en este valiosísimo ejercicio de asesoría y de construcción de consensos. Y, de hecho, “el cuarto de junto” ha sido una de las primeras exportaciones derivadas del TLC, pues muchos países han seguido el ejemplo mexicano y han replicado este mecanismo de consulta.

Finalmente, el TLC le exigió a México abandonar la añeja resistencia a participar en los procesos de decisión internos de EE.UU: para emprender una muy intensa, y diría yo, muy exitosa campaña de cabildeo en Washington.

Es evidente que en México es mucho lo que falta por hacer y que las tasas de crecimiento de nuestra economía han sido insuficientes para generar los niveles de bienestar que merecen grupos importantes de nuestra sociedad, pero en las dos décadas de vigencia, los objetivos del TLC de promover los flujos de inversión y comercio se han cumplido con creces: el comercio norteamericano se ha triplicado, para alcanzar tres mil millones de dólares diarios y las exportaciones mexicanas a EE.UU. han crecido seis veces y a Canadá ocho. Hoy de cada 100 dólares que EE.UU. importa de productos no petroleros, 13 son procedentes de México, el doble de la cifra de 1993.

México es hoy el segundo proveedor de EE.UU. superado solo por China y le vendemos a EEUU más que Alemania y Japón juntos o que el resto de América Latina en su conjunto.

Pero el impacto del TLC en México ha ido más allá del comercio. El acuerdo ha sido, junto con la autonomía del Banco de México, una de las anclas fundamentales de la política económica de México, pues le dio permanencia e irreversibilidad a la apertura y, con ello, extendió los horizontes de planeación económica para los inversionistas nacionales y extranjeros. En ese sentido, el TLC también contribuyó a la modernización política de México, pues redujo la incertidumbre económica asociada con la transición a una sociedad más abierta y democrática.

Y, paradójicamente y en contra de lo que muchos observadores vaticinaron, el TLC también ha contribuido a diversificar las relaciones comerciales de México con otros países. Esto se ha dado por dos vías.

En primer lugar, porque puso a México en el mapa económico-comercial. La razón más importante por la que México pudo negociar, por ejemplo, los tratados de libre comercio con Japón y la Unión Europea fue el TLC. Las preferencias extendidas a los inversionistas y exportadores de EE.UU. y Canadá fue lo que motivo que México se volviera un socio interesante para las otras contrapartes comerciales.

Los 10 tratados adicionales que México tiene hoy con 42 países son, en buena medida, resultado del de América del Norte.

La segunda fuente de diversificación ha sido la competitividad del sector exportador mexicano promovida por el TLC: si nuestros exportadores pueden competir en el mercado más competido del mundo, también lo pueden hacer en otros mercados. Las cifras hablan por sí solas. En las dos décadas del TLC, las exportaciones mexicanas a América del Norte han crecido a la muy notable tasa de 10.6 por ciento anual, pero al resto del mundo lo han hecho al casi 13 por ciento. El resultado de ello es que, entre 1993 y 2013 el porcentaje de nuestras exportaciones no petroleras destinadas a mercados distintos al norteamericano pasó de 14 a 20 por ciento.

Pero el TLC no solo cambió a México, también cambió al mundo.

La conclusión de la negociación trilateral en 1993, fue el catalizador que hizo posible concluir la Ronda Uruguay del GATT y la creación de la Organización Mundial de Comercio. Muchas de los sectores y disciplinas que fueron incorporadas por primera vez en nuestro acuerdo fueron adoptadas posteriormente por la OMC.

El TLC también ha tenido implicaciones muy profundas sobre otras regiones y, en particular, sobre nuestro continente. Al abrir las puertas para que Centroamérica, Perú, Chile y Colombia siguieran el ejemplo pionero de México, y establecieran sus propios tratados con EE.UU., el TLC ha influido determinadamente en la arquitectura comercial del hemisferio. Hoy en día, desde el punto de vista comercial, el continente se divide en dos tipos de países: los del litoral del Pacífico, que tienen tratados de libre comercio tipo TLC y que están profundizando su integración, entre ellos y con otras regiones, y el resto, los países atlánticos, que no solo no han podido profundizar su integración sino que en muchos casos la están revirtiendo.

La Alianza del Pacífico, recién concluida por México, Colombia, Chile y Perú, y la Sociedad Transpacífica –el TPP- en negociación por cinco países americanos y siete de Asia y Oceanía son parte del legado del TLC.

Como pueden ver la huella del Tratado de Libre Comercio de América del Norte es profunda y relevante. Estamos a solo unos días de que el presidente Peña Nieto, el presidente Obama y el primer ministro Harper se reúnan en Toluca para seguir construyendo sobre los pilares que el TLC edificó. Estoy seguro que las sesiones que tendremos a continuación nos ayudarán a continuar profundizando la integración norteamericana y a apreciar que no es lo mismo México, EE.UU. y Canadá en 1994 que veinte años después. Muchas gracias.